



### **Extracto de “Dharma Mittra, A Friend to All”**

Como mucha gente mundana, me educaron para pensar que a una persona de peso, una persona relevante, importante, podías sentirla apenas entraba a una sala. Su presencia podía notarse al instante. Con esa idea, también yo procuraba causar impresión al llegar a los sitios. Arrogante, escandaloso, odioso, verbal, usualmente entraba precedido por las trompetas reales de mi reputación. Tenía que ser reconocido.

Mi primer baño en las pacíficas cales de la presencia silenciosa e invisible de Dharma fue todo lo opuesto. Aquí había un hombre del que apenas podías advertir que había llegado. Su presencia tan menuda, su huella mínima; su aliento apenas se sentía, como el aliento de un pájaro. Lo contrario al peso. Aquí estaba la transparencia. Mi primera observación de la presencia de Dharma fue eso, un testimonio de transparencia. Aquí había un hombre, eso veía, cuyo alegato era no alegar, cuya personalidad no era tanto, cuyo logro no era ninguno. Un hombre que había trabajado en silencio en una esquina, como la fiel Penélope para Homero. Un hombre que se había tomado cuatro décadas para descascarar las muchas capas de su ego y dejarlo desnudo, luminoso, refulgente, nada en él sino el marco de una puerta a través de la cual caminaba la Divinidad, no otra cosa. Eso es lo que vi.

Parecía que no había nada en la mente de Dharma, nada en el cuerpo de Dharma que bloqueara el paso de Dios. Sería negligente si dijera que todo esto sostiene alguna semejanza con la apertura de mi corazón mientras Dharma lo sacudía para depositar su pequeña semilla. Esto no son más que palabras, y, como tal, no son nada menos que fantasmas, de manera que yo pueda también dirigirme a ustedes con algo que apenas refleje lo que pasa cuando Dharma sostiene tu mirada, tus oídos y tu corazón durante sólo un minuto.

Esto me pasó, que la Puerta del Tiempo se abrió y entré. Que permanezca abierta para ustedes también. ¡Apúrense! El viejo tiempo todavía vuela.

*Jorge Rueda Landeros*